

CAPÍTULO XXII.- DE LA LIBERTAD QUE DIO DON QUIJOTE A MUCHOS DESDICHADOS QUE, MAL DE SU GRADO, LOS LLEVABAN DONDE NO QUISIERAN IR

Este capítulo hace el papel de una fe de erratas. Para comprobarlo, haced el favor de ir leyendo el capítulo XXII y veréis como cada uno de los galeotes hace definiciones demasiado retorcidas sobre su naturaleza. Son los entuertos que Cervantes considera que no hemos sabido enderezar. Advierte en las primeras líneas que esta historia es “*gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada*” y la descripción de cada uno de los condenados, es una clara definición de un acertijo. ¿Qué otro sentido tiene “cantar en el ansia” o “me burlé con dos primas hermanas...”?

Se trata de una cadena de hierro, de errores, donde van ensartados los galeotes como cuentas. Para no hacer demasiado largo este resumen, como me suele suceder, intentaré poner solamente las soluciones.

El primer galeote, se corresponde con una mancha que se agarra a una cesta de lavar ropa blanca, e insiste en que no hubo lugar y que dio tres precisos, como nos dio los tres días de la semana en el capítulo primero, pasando a decir que el mozo, natural de Piedrahita, es el Duque de Alba: Don Fernando Álvarez de Toledo. Con lo que una vez mas, queda aclarado el lugar de la Mancha.

El segundo, arrestado por seis años, nos lleva directamente al capítulo VI, exactamente a la obra Espejo de Caballerías, donde estaba el ladrón de bestias, Caco, y dijo el barbero que no lo entendía por estar escrito en latín. Aquí dice Don Quijote, “no lo entiendo” que es el punto de conexión.

El tercero nos permite formar la palabra “oropéndola” si añadimos los cinco ducados que son una moneda de oro a la péndola del escribano. Termina en la plaza de Zocodover de Toledo, pero la pena de este galeote nos lleva al capítulo XXV, puesto que va “por cinco años” por faltarle cinco ducados. A esos cinco ducados, Don Quijote añade veinte. De ambas operaciones se obtiene como resultado, veinticinco. En ese capítulo encontraremos “el lugar que diputo y escojo”, que era como “un peñón tajado”, es decir, rodeado del río Tajo, como se verá cuando lleguemos.

El cuarto con una larga barba blanca, “*oyéndose*” no respondió, puesto que se preguntaba el mismo. Es decir, Don Quijote puede verse en un espejo de un cuarto. La figura reflejada no puede hablar, pero quien pregunta se oye a si mismo. Su condena es de cuatro años, y en el capítulo IV, tenemos al mozo Andrés con Juan Haldudo, recibiendo una clase de cálculo y a Don Quijote enfrentado a los mercaderes, entre los que se encontraban los Reyes

Magos, aquí recordados como “hechicero y alcahuete” ya que describían a las princesas de la Alcarria y Extremadura. Luego estamos descubriendo que la barba de Don Quijote pasaba del pecho.

“**Pasó adelante Don Quijote y preguntó á otro su delito**” en una de las mas claras manifestaciones de un acertijo que hay en todo el libro, ya que con “*mucha más gallardía*” respondió que: “*me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías*”. Hoy día sigue habiendo acertijos similares, como el de “dos padres y dos hijos salieron a pescar...” cuya respuesta es abuelo, hijo y nieto. En este caso, el condenado va por seis años, dato que nos conduce al capítulo VI, donde encontramos a las tres Dianas, y después de mencionar a la de Gil Polo, el cura dice “*pase adelante*”. Estas tres obras de La Diana, cumplen la burla declarada por este galeote. La Diana de Jorge de Montemayor que es la primera que se menciona, y que viene además del capítulo V, da paso a La Diana segunda del salmantino, cuyo autor fue Alonso Pérez, nombre muy cercano fonéticamente al nombre del vecino que ayudó a Don Quijote en el capítulo V, Pedro Alonso. La tercera obra de Diana, de Gil Polo “*como si fuera del mismo Apolo*”, cierra la serie.

Apolo, dios de la música y las bellas artes; Diana, diosa de la caza y de la guerra, obtendrá en los últimos capítulos de la obra otros valores, que son el aviso descarado de la burla de este galeote, cuyo descaro es el del propio escritor. Diana, “*como la saeta al blanco*”, palabras de Don Luis en el capítulo XLIV, fue delatado ante su padre por un estudiante. Este galeote, que “*iba en hábito de estudiante*” y es “*muy grande hablador y muy gentil latino*” es el delator y luego encontraremos a Don Luis que “*canta que encanta*”, al alba, al amanecer, cuando canta el gallo, es la hora en que se toca diana militar, ya que Diana era el nombre que se daba al planeta Venus, que anunciaba la llegada del día, conocido por el lucero del alba.

Concretando la burla, tenemos a las tres obras de nombre Diana, convertidas en una diana de tiro al blanco, una diana de toque de corneta o trompeta como se dirá en el último capítulo y la diosa Diana cazadora. Si relacionamos, tenemos flechas o saetas, un gallo o la gallardía con que respondió este galeote y por apurar al máximo, podríamos relacionar la saeta, con un canto religioso, aunque ya lo veremos en su momento. No olvido que estamos en el Laberinto de Teseo y este galeote es una prueba evidente de ello, ya que no alcanzo a entender de ningún modo, como todos aquellos que han estado y están media vida metidos en el Quijote, como lo estoy yo ahora, se conforman con leer las quince líneas dedicadas a este galeote, repletas de información, y pasadas por alto. Son un “entuerto” que hay que enderezar como insiste hasta la saciedad Don Quijote, que queda como un loco en su permanente lucha con los ignorantes (personajes y lectores) que no entienden lo que interpreta en su personaje. ¿Se burló Cervantes? Se burló “*demasiadamente*”.

“*Tras todos éstos*” llega Ginés de Pasamonte, “*sino que al mirar metía el un ojo en el otro un poco*”, lo que puede ser estrabismo, entuerto como los contenidos en el libro, que son los propios acertijos, y siguiendo el hilo de la obra, bien podría ser enhebrar el hilo en el ojo de la aguja. El capítulo está lleno de sarta, ensartar y términos similares. Sarta es una palabra italiana que significa sastre y se observa que toda la obra está llena de hilos, trajes y ovillos, como veremos en el último capítulo.

Ginés, nombre propio, patrón de los cómicos como San Ginés de Roma o de los notarios como San Ginés de Arlés, cuya cabeza llegó a Cartagena, donde se conserva. Cartagena, cuyo gentilicio es cartaginés. La actual región de Murcia goza de la abundancia de este nombre propio. Ginés Pérez de Hita, zapatero y escritor, entre otras obras de “La guerra de los Vandos” (relacionada con San Ignacio de Loyola, el Vizcaíno). Preparaba cabalgatas y actos oficiales y festivos; describe su gusto por las sedas. En el capítulo IV los comerciantes iban a comprar seda a Murcia.

Ginés de Pasamonte, embustero y ladrón, fama que precedía a los sastres de la época. Encadenado de los pies a la garganta, con una cadena que recuerda al escudo de Navarra, o a la metáfora de hablar de unas tijeras o podadera como la del mozo del capítulo I, cuyas argollas y dos hierros, podrían ser unas tijeras colgadas al cuello de una persona. En fin, muchas posibilidades para este error de imprenta como lo llama en el segundo libro, donde reaparecerá Ginés como falso adivino y titiritero. Faltan datos por ahora para descubrir a Ginés.

Después de todas las vueltas, los cuatro y diez años de condenas a galeras, nos llevarían a los capítulos IV y X, donde en uno se dice “*por el hilo se sacará el ovillo*”, frase que se repite en el capítulo XXX, cuando reaparece Ginés en “*traje de gitano*”, capítulo que coincide con la edad de treinta años. Como la muerte civil, que coincide con la extremaunción del capítulo X, en el bálsamo de Fierabrás.

“*Todo lo cual se me representa a mí ahora en la **memoria**, de manera, que me está diciendo, persuadiendo, y aun forzando, que muestre con vosotros el efeto para que el Cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él **la orden de caballería que profeso**, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores.*”

¿Alguien ha pensado a qué Orden de Caballería perteneció Don Quijote? Pues hay que atar cabos para encontrarla.

Finalmente, Ginés menciona que no van a “*volver ahora a las ollas de Egipto*”, en relación con la visita que ordena Don Quijote a Dulcinea. Las ollas de cerámica, tinajas, recuerdan a lo que venimos diciendo que

representa Dulcinea. La olla aparece en las primeras frases del capítulo I, “*de algo mas vaca que carnero*”, y aparecen en el segundo libro del Antiguo Testamento, el Éxodo, siguiente al Génesis, origen del nombre de Ginés.

Pasamonte, recuerda a los “*pasamaques*” que cuenta el capitán cautivo, que son los zapatos de los turcos, algo que dirá sin venir muy a cuento y zapato es algo que anda sin parar por toda la obra. Por otro lado está la polémica de Jerónimo de Pasamonte en la que no tengo nada que opinar.

Los galeotes huyen llevándose la ropa de nuestros dos protagonistas.

Seguimos avanzando hasta ver si encontramos el punto de enlace de este galeote, que pudiera tener solución en el último capítulo, LII.